

El Sínodo de la Sinodalidad: una Iglesia en punto muerto entre reforma y resistencia

El Sínodo de la Sinodalidad, comenzado en 2022, ve aplazado o aparcado su desenlace hasta el año 2028. Este retraso ha suscitado preguntas y debates sobre el propósito y la dinámica de este proceso sinodal. Si queremos comprender qué es este Sínodo, la finalidad que persigue, su polémico desarrollo y el insólito aplazamiento de su culminación, debemos analizarlo desde una perspectiva amplia y temporal. Este proceso sinodal debe considerarse no sólo en el contexto del Concilio Vaticano II, sino también teniendo en cuenta siglos anteriores en los que se evidenció la incapacidad de auto-reforma de la Iglesia Católica Romana.

Si se emprendió el Concilio Vaticano II para la “puesta al día” (*aggiornamento*) de la Iglesia, se debe constatar que su fruto fue decepcionante. Si hubiese sido satisfactorio, no hubiese sido necesario el actual Sínodo para la misma finalidad. El desarrollo del proceso sinodal 2022-2024 topó con las mismas dificultades que el Concilio. La Iglesia se encuentra en una contradicción o callejón sin salida: por una parte le es imprescindible la auto-reforma, y por otra parte es radicalmente incapaz de realizarla.

Progresan en la Iglesia las fuerzas conscientes de la necesidad de cambio, que no pueden ser silenciadas indefinidamente por los sectores inmovilistas de la institución, pero éstos son bastante potentes para frustrar cualquier iniciativa renovadora. Por eso, el Sínodo de la Sinodalidad no pudo aceptar las medidas de cambio propuestas, pero tampoco pudo oponerse a ellas. El resultado fue bastante insólito: por una parte se declara que el Sínodo y la finalidad que persigue son válidos, pero termina sin decisiones concretas. Se estableció una etapa de “implementación” que es una novedad en este tipo de asambleas. Parece que la implementación, que debe durar varios años, en realidad significa que el pontífice le pasa la “patata caliente” a su sucesor.

Es evidente que tal estado de la cuestión evoca o anuncia confrontaciones y posibles rupturas. De hecho, tales conflictos fueron no poco frecuentes en la historia eclesiástica; ahí están los numerosos cismas que se fueron produciendo a lo largo del tiempo. No se puede proponer soluciones a problemas irresolubles, pero sí se puede señalar la causa raíz de toda la problemática. La cuestión no es si tales o tales medidas (sacerdocio femenino, supresión del celibato de los clérigos...) son útiles y necesarias para la organización de la Iglesia. La Iglesia no es un fin en sí misma; es, o debe ser, un instrumento para una finalidad, para la realización de un objetivo.

La cuestión es analizar si la institución eclesial está sirviendo para lo que se supone que es su objetivo o finalidad. Hasta donde somos capaces de entender e interpretar el Evangelio, hemos de constatar que la enseñanza de Jesús y la práctica eclesial van por caminos diferentes y en direcciones distintas. El camino que Jesús señala es el que sigue el Buen Samaritano, en dirección al hombre herido al lado del camino, para socorrerle. El camino por el que la clerecía nos quiere conducir es el del Templo, al que se dirigían el sacerdote y el levita de esa parábola.

Es decir, Jesús vino a establecer el Reino de Dios, un reino que no sigue los modelos terrenales. Su enseñanza llama a sus seguidores a transformar la sociedad, cuestionando las estructuras de poder y asumiendo las consecuencias de este compromiso. Su misión no consistió en fomentar rituales y devociones, sino en transmitir un mensaje de cambio profundo basado en la justicia y el amor.

El mensaje de Jesús deja claro que la verdadera autoridad se encuentra en el servicio a los demás. En lugar de centrarse en los espacios de poder, como los altares de los templos, el Evangelio nos enseña que Dios quiere que se le rinda culto en las personas más vulnerables: los pobres, los enfermos, los marginados, los inmigrantes, los discriminados, las mujeres maltratadas, los niños abandonados...

A lo largo de la historia, las iglesias cristianas, han desarrollado jerarquías que han priorizado la liturgia sobre el compromiso social. Esta estructura clerical se ha aliado con los poderes dominantes, obteniendo privilegios institucionales y beneficios para su jerarquía. Sin embargo, estas dinámicas no reflejan el mensaje original del Evangelio.

Además, la fidelidad al Evangelio no puede limitarse a la adhesión intelectual a credos formulados en categorías filosóficas ajenas al mundo bíblico y al horizonte vital de Jesús. El dogmatismo bizantino que aún impregna muchas confesiones de fe y declaraciones doctrinales ha contribuido a encapsular el mensaje liberador del Evangelio en fórmulas estériles, desconectadas de la realidad del ser humano concreto. Este tipo de ortodoxia abstracta, más preocupada por la precisión conceptual que por la praxis del amor y la justicia, se convierte en un obstáculo más para la renovación evangélica de la Iglesia.

El verdadero cambio que Jesús propone exige una firme oposición a cualquier forma de opresión y explotación. Implica rechazar las guerras, no respaldar a quienes anteponen sus intereses privados al bien común y combatir las desigualdades dentro y fuera de la Iglesia. Seguir este camino es ser sal de la Tierra y luz del mundo. Este es el desafío que deberían asumir los concilios y sínodos, estudiando acciones concretas para transformar la sociedad. Eso implica asumir una auto-reforma eclesial que ponga su foco en la misión de la Iglesia y no en discutir y negociar rangos y espacios de poder dentro de ella.

AL HERMANO FRANCISCO



Querido Hermano Francisco:

Acabas de marcharte a la Casa del Padre, a la Plenitud del Reino de Dios.

Queremos agradecerte infinitamente todo lo que has hecho, y lo que quisiste hacer y no pudiste, por la renovación de la Iglesia, para hacerla más fiel a Jesucristo y su mensaje para el bien de la Humanidad y la Creación.

Tu elección nos abrió a la esperanza de una Iglesia nueva para un mundo nuevo. Una Iglesia pobre, con los pobres y para los pobres. Hiciste un esfuerzo muy grande en muchas direcciones, y te marchas plenamente consciente de que queda mucho por hacer, porque este mundo, tan lleno de injusticias, de guerras, de violencias, de desigualdades muy grandes, de sufrimientos horribles para los más empobrecidos, tiene necesidad infinita, junto con la propia Iglesia, de Jesucristo y su Mensaje de fraternidad, amor, servicio, solidaridad, igualdad, cercanía y cuidado, sobre todo para los 20 países más pobres del mundo, que todavía están por debajo de 0,500 de Índice de Desarrollo Humano, que sufren mucho, que están en guerra, que mueren injusta y prematuramente de hambre, que padecen graves conflictos sociales, que son víctimas de toda clase de violencias. que carecen de los servicios sociales más básicos como educación, salud, agua, comunicaciones, y viven en países en riesgo de ser un Estado Fallido, que se desentiende de sus ciudadanos. Tu en cambio te preocupaste por todos y por todo.

Tú fuiste el Primer Papa en dedicar una extraordinaria Encíclica al cuidado de la Madre Tierra, a la que llamaste la Casa Común porque nos acoge y nos sostiene a todos.

Te escribimos estas breves palabras desde la mente y el corazón, llenas de gratitud y afecto, y para pedirte con la mayor esperanza, que el nuevo hermano Papa que te suceda, siga tu mismo camino en renovar la Iglesia, para hacerla, sin parar, ser más y más fiel a Jesucristo y su Mensaje para el bien de todos los Seres Humanos y Toda la Creación.

Infinitas gracias Hermano Francisco, porque nos abriste la mente y nos calentaste el corazón con la confianza y la esperanza de que un mundo mejor, más justo, más feliz, más fraternal y solidario es posible para Todos los Hombres, para Todas las Mujeres y Todas las Criaturas de este Maravilloso Mundo que el Padre-Madre Dios ha puesto en nuestras manos.

Un abrazo de todo corazón.

Faustino Vilabrille

La herencia inconclusa del papa Francisco: entre reformas frustradas y un futuro incierto



El reciente fallecimiento del papa Francisco no sólo marca el fin de un pontificado singular, sino que también abre un período de incertidumbre respecto al rumbo que tomará la Iglesia Católica en los próximos años. Más allá del duelo y los homenajes, su muerte deja sobre la mesa una serie de cuestiones profundas sobre el papel de la Iglesia en la sociedad contemporánea y los desafíos internos que siguen sin resolverse.

Desde su elección en 2013, Jorge Mario Bergoglio se presentó como un pontífice dispuesto a romper moldes. Su estilo cercano, su énfasis en una Iglesia “pobre para los pobres” y su lenguaje directo generaron esperanzas en amplios sectores, tanto dentro como fuera del mundo católico. Sin embargo, su intento de impulsar reformas sustanciales se vio constantemente frenado por la compleja estructura institucional del Vaticano, la resistencia de los sectores más conservadores del clero y la indiferencia o desconcierto de buena parte de la base laical.

Los temas que Francisco intentó colocar en el centro del debate eclesial no eran nuevos, pero sí urgentes: el cuestionamiento al clericalismo y al modelo de poder jerárquico tradicional, la necesidad de revisar ciertos dogmas a la luz de los signos de los tiempos, la crítica a un ritualismo vacío desconectado de la vida real, y, sobre todo, el llamado a retomar el mensaje original de Jesús de Nazaret como proyecto liberador y transformador.

Estas cuestiones han sido planteadas, en distintas formas, desde hace décadas —incluso siglos—, pero los sínodos y concilios no han logrado darles una respuesta a la altura de su importancia. Francisco quiso abordarlas de manera frontal, consciente de las tensiones que ello implicaba. No obstante, su propuesta reformista se encontró con un aparato eclesial profundamente aferrado a sus tradiciones, que percibió sus intenciones como amenazas más que como oportunidades. A esto se suma una comunidad de fieles laicos educada durante siglos en una religiosidad pasiva, centrada en el cumplimiento y la obediencia, más que en la reflexión y la participación activa.

En este contexto, los esfuerzos del papa Francisco por abrir espacios de diálogo y renovación terminaron siendo, en muchos casos, simbólicos más que estructurales. De hecho, su proyecto puede evocarse con la imagen evangélica de “poner un remiendo nuevo en un vestido viejo”: una metáfora que ilustra la dificultad —y tal vez la imposibilidad— de reformar una institución sin cuestionar de raíz sus fundamentos.

El fallecimiento del papa, por tanto, no cierra un ciclo, sino que pone en evidencia las tensiones no resueltas que atraviesan a la Iglesia. En los próximos meses, la atención estará puesta en el perfil del sucesor y en la orientación que asumirá el nuevo pontificado. ¿Se consolidará una línea de continuidad reformista, aunque moderada, o se optará por una restauración conservadora que cierre las puertas a los debates abiertos?

Más allá de las respuestas inmediatas, lo cierto es que la Iglesia Católica se encuentra en un momento trascendental, no solo por lo que ocurre en su interior, sino también por su papel en un mundo atravesado por crisis sociales, éticas y ecológicas. La figura de Francisco, con sus luces y sombras, ha dejado una huella: la de haber intentado, al menos, remover las aguas estancadas de una institución que necesita con urgencia repensarse. El futuro dirá si ese intento fue sólo un paréntesis, o el comienzo de un cambio más profundo.



Religión Digital

La reacción de las Iglesias estadounidenses a la política migratoria de la presidencia de Trump



05.04.2025 / por Ritanna Armeni

(Vatican News).- La reacción de las Iglesias estadounidenses a la política migratoria de la presidencia de Trump aún no está totalmente definida, pero desde ya ha ofrecido una visión clara de las preocupaciones y críticas. La primera señal fuerte de descontento provino de una mujer el día después de la jura del presidente estadounidense. La obispo episcopal de Washington, Marian Edgar Budde, conocida por su compromiso con la justicia social y los derechos humanos, instó al presidente a “mostrar misericordia” hacia los inmigrantes, recordando que “las personas que recogen fruta en los campos y limpian nuestras oficinas, incluso si no son ciudadanos o no tienen la documentación adecuada, son buenos vecinos y pagan impuestos”.

Trump respondió indirectamente confiando la nueva Oficina de la Fe establecida en la Casa Blanca a una mujer: la televangelista Paula White, pastora de la llamada teología de la prosperidad ("Dios recompensa con riqueza y salud a quienes tienen una fe fuerte"), su consejera espiritual. La Iglesia católica estadounidense también ha alzado su voz en defensa de los migrantes.

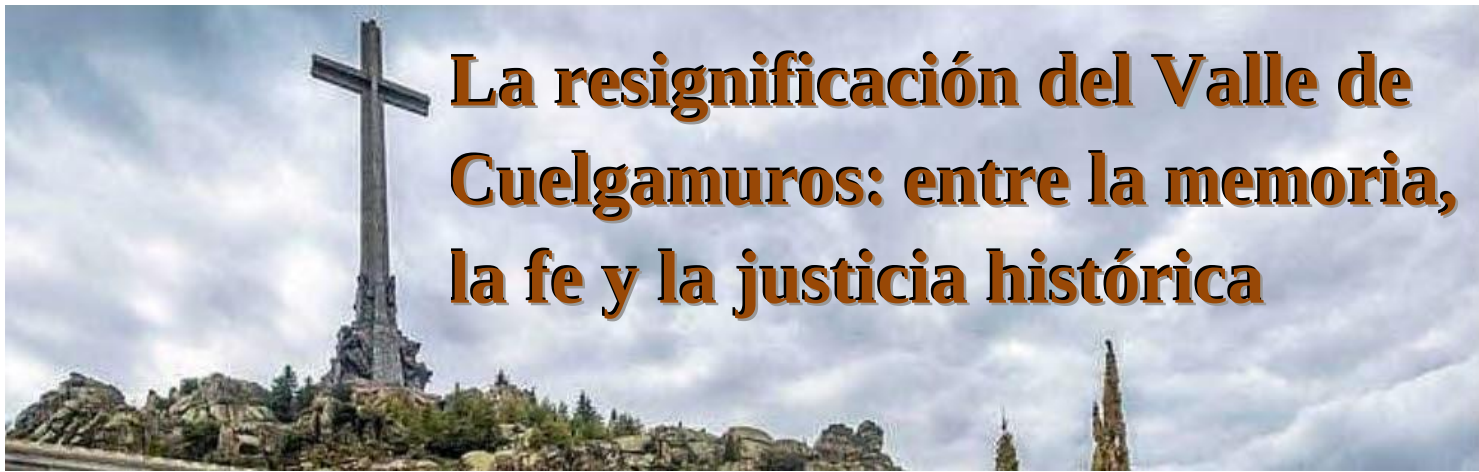
El cardenal Robert McElroy, ex obispo de San Diego, ahora arzobispo metropolitano de Washington, enfatizó que las deportaciones masivas son “incompatibles con la doctrina católica”. El jesuita y escritor James Martin reiteró en una entrevista con el periódico italiano La Stampa que la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, "los obispos individuales, así como los párrocos y los laicos, deberían defender con mayor determinación los derechos de los migrantes y refugiados".

Esta batalla, por supuesto, no será fácil. El vicepresidente Vance acusó a los obispos católicos de recibir cientos de millones de dólares para ayudar a los migrantes, sugiriendo que sus esfuerzos tenían más que ver con proteger “su negocio” que con un deseo genuino de justicia



social. El estado de Texas ha acusado a algunas parroquias de albergar a migrantes, protegiéndolos de las autoridades. La reacción del cardenal Timothy Dolan, arzobispo de Nueva York, fue muy firme: “Es verdaderamente difamatorio. Realmente malo”.

A pesar de las dificultades, el apoyo de la Iglesia a los inmigrantes sigue siendo firme y decidido. Según un análisis del Washington Post, en 2023 la Iglesia recibió \$123 millones en donaciones para asistencia a migrantes y gastó \$134 millones. En la frontera entre Estados Unidos y México, la hermana Norma Pimentel, directora ejecutiva de Catholic Charities del Valle del Río Grande, trabaja incansablemente en favor de los inmigrantes de América Latina que buscan ingresar a los Estados Unidos. Ahora también a través de sus pinturas: «Ayudo a muchos inmigrantes que están sufriendo a causa de las políticas introducidas por la nueva administración en Estados Unidos. Queremos llevar esperanza a estas familias. “Les expreso este amor a ellos y al mundo a través de las pinturas que hago”.



La resignificación del Valle de Cuelgamuros: entre la memoria, la fe y la justicia histórica

En los últimos tiempos, España se encuentra inmersa en un profundo debate social y político en torno a lo que se ha dado en llamar la “resignificación del Valle de Cuelgamuros”. Este lugar, conocido durante décadas como el Valle de los Caídos, ha sido un símbolo cargado de historia, controversia y dolor. Su transformación plantea interrogantes complejos sobre cómo una sociedad democrática debe enfrentarse al legado del franquismo, a la memoria de la Guerra Civil, y al papel de la religión en los espacios públicos de significado político.

El Valle de los Caídos fue concebido durante la dictadura de Francisco Franco como un monumento conmemorativo de los “caídos por Dios y por España”. Sin embargo, su carga simbólica y su uso político lo convirtieron en un emblema de la victoria fascista en la Guerra Civil Española (1936-1939). A pesar de su apariencia religiosa, su verdadero trasfondo fue profundamente ideológico: un espacio que glorificaba el triunfo de un bando sobre otro, ignorando deliberadamente el dolor de las víctimas del franquismo y la pluralidad de memorias que coexistían en la sociedad española.

Este contubernio entre poder político y religioso, donde el catolicismo institucional se alió abiertamente con la dictadura, representó para muchos cristianos un escándalo y una traición al mensaje evangélico. Durante más de sesenta años, el Valle de los Caídos fue, para los vencidos, un ultraje a su memoria, y para los creyentes comprometidos con la justicia, una grave distorsión de la fe cristiana.

Con la muerte del dictador en 1975 y el inicio de la Transición, España comenzó un proceso democratizador que, sin embargo, evitó afrontar de forma decidida algunos de los elementos más simbólicos del pasado franquista. El Valle de los Caídos fue uno de esos elementos. Mientras se consolidaban las instituciones democráticas, este enclave permanecía prácticamente inalterado, con su carga ideológica intacta, lo que muchos interpretaron como una muestra de la insuficiencia del proceso de reconciliación nacional.

Sólo en fechas recientes, el debate sobre la resignificación del lugar ha tomado un cariz más concreto. El traslado de los restos de Franco en 2019 marcó un punto de inflexión. Sin embargo, la transformación profunda del significado del monumento aún está por completarse, y el camino para lograrlo no está exento de resistencias.

En esta nueva etapa, el Gobierno español ha alcanzado un acuerdo con la Iglesia católica que implica que la Basílica no será desacralizada y que la comunidad benedictina podrá continuar en el lugar. A cambio, se respetará la dimensión religiosa del complejo, pero se abrirá la puerta a su transformación simbólica y educativa.

Se ha anunciado la convocatoria de un concurso internacional para recibir propuestas que permitan reinterpretar el monumento. El objetivo es convertir el Valle en un centro de interpretación histórica, que informe sobre el contexto de su construcción y promueva valores democráticos, en línea con las políticas de memoria desarrolladas en otras democracias europeas.

Este enfoque intenta compatibilizar el respeto a la fe con una necesaria revisión crítica del pasado. No se trata de borrar la historia, sino de resignificarla: de transformar un espacio de exaltación autoritaria en un lugar de reflexión, educación y reconciliación.

Como era de esperarse, este proceso ha suscitado fuertes reacciones desde los sectores más conservadores de la sociedad española. Partidos como Vox y círculos de la derecha católica, incluyendo algunos prelados, han criticado duramente el acuerdo, acusando al Gobierno de actuar contra la fe cristiana y señalando a la jerarquía eclesiástica de debilidad frente a la presión política.

Estos sectores temen que la resignificación del Valle altere su carácter religioso, aunque desde el propio Arzobispado de Madrid, en voz de José Cobo, se ha expresado una disposición al diálogo, subrayando la necesidad de preservar la Basílica y la comunidad monástica como elementos esenciales, pero sin cerrar la puerta a una reinterpretación del lugar. Cobo ha abogado por un proceso “sin ideologizaciones” y realizado “con sosiego”, reconociendo el peso simbólico del Valle en la historia de España.

A pesar del lenguaje conciliador de algunos prelados, lo cierto es que la polémica en torno al Valle de Cuelgamuros revela tensiones más profundas: la pugna entre una memoria democrática y una visión que aún justifica, celebra y hace apología de la victoria y el dominio de unos españoles sobre otros, entre quienes defienden una Iglesia al servicio del poder y quienes buscan una fe comprometida, a la luz del Evangelio, con la justicia y la verdad.

Quienes se alinean con las enseñanzas de Jesús de Nazaret no pueden sino rechazar que un monumento religioso sea utilizado para legitimar un régimen basado en la represión y la desigualdad. Aspiramos a un mundo diferente, y a una religión que esté al servicio de los humildes, no del poder económico o militar. La resignificación del Valle de Cuelgamuros es, en este sentido, una oportunidad histórica: no sólo para saldar una deuda con las víctimas del franquismo, sino también para redefinir el papel del cristianismo en la vida pública.



El mundo atraviesa una transformación geopolítica profunda, marcada por un reordenamiento de las alianzas tradicionales y el resurgimiento de viejas tensiones. En este contexto, la figura del presidente estadounidense Donald Trump representa un punto de inflexión en la política exterior de Estados Unidos. Su acercamiento a Rusia y el progresivo desinterés por el destino de Ucrania no sólo desafían décadas de diplomacia occidental, sino que reconfiguran el tablero internacional. Europa, sorprendida por esta actitud, ha reaccionado con premura: rearme, aumento del gasto militar, y discursos que evocan un nuevo período de confrontación global.

Este viraje no surge de la nada. Desde la caída del Muro de Berlín en 1989, el mundo ha vivido una transición incierta. El desmoronamiento del bloque del Este dejó al bloque occidental sin su enemigo ideológico, Rusia, lo que planteó preguntas incómodas sobre la razón de ser de instituciones como la OTAN. Lejos de fomentar un mundo más estable, Estados Unidos ha buscado nuevos enemigos para justificar su hegemonía, enfocándose en contener a China y en intervenir militarmente en distintas regiones del mundo, desde Oriente Medio hasta Europa del Este.

Sin embargo, la guerra en Ucrania ha evidenciado las fisuras de este sistema. Lejos de consolidar su poder, Estados Unidos ha mostrado una notable incapacidad para liderar una salida diplomática al

conflicto. Trump, en particular, ha dinamitado lo poco que quedaba de la confianza internacional en la palabra estadounidense. Con una política exterior errática y centrada en intereses inmediatos, ha roto la tradición de alianzas duraderas que caracterizaba a Washington desde la Segunda Guerra Mundial. No obstante, su visión no es un accidente ni un error: es la expresión desnuda del imperialismo contemporáneo, que prioriza la dominación económica y militar sin importar el costo humano o político.

Mientras tanto, las consecuencias recaen con brutalidad sobre las clases populares. La militarización avanza a pasos acelerados: más presupuesto para defensa, más propaganda bélica, más normalización de la guerra como horizonte inevitable. En nombre de la seguridad, se exige a los trabajadores que acepten recortes, inflación, y precarización. El capitalismo se muestra incapaz de ofrecer una salida real a los conflictos que él mismo genera. Al contrario, cada crisis es una nueva excusa para reforzar su carácter depredador y autoritario.

Frente a esta deriva, es urgente articular una respuesta desde abajo. La organización, la solidaridad internacionalista y la lucha contra el militarismo deben ser las herramientas de los pueblos para resistir la lógica del “sálvese quien pueda” que nos impone el sistema. La historia ha demostrado que cuando los trabajadores se unen más allá de las fronteras, pueden frenar incluso a las potencias más poderosas. La crítica al capitalismo no puede quedarse en la denuncia; debe transformarse en acción colectiva, en alternativa concreta, en horizonte de cambio.

La sociedad que nos recetan está podrida no por azar, sino por diseño. La salida no vendrá de los mismos que han cultivado esta podredumbre, sino de quienes sufren sus consecuencias. Es hora de volver a imaginar un mundo sin guerras ni explotación. Y para eso, hace falta más que indignación: hace falta organización, lucha y esperanza.



La Feria de Abril de Sevilla: el escaparate de la lucha de clases

Sevilla se viste de farolillos y albero cada primavera para celebrar la Feria de Abril, un evento que, en el imaginario colectivo, se presenta como la gran fiesta del señorío andaluz, de la alegría desbordante, los volantes de los trajes de flamenca y el rebujito en vaso de plástico. Pero tras la postal idílica que se proyecta al mundo, la Feria es también el escenario de una de las expresiones más crudas de la lucha de clases en la ciudad.

Mientras las élites locales y visitantes se pasean en coche de caballos por el Real, accediendo a casetas exclusivas por el mero hecho de pagar su cuota de socio miles de trabajadores y trabajadoras sostienen el espectáculo en condiciones de precariedad extrema. Camareros y camareras que sirven sin descanso jornadas interminables, porteros de casetas que vigilan el acceso por un salario mísero, montadores de estructuras que pasan semanas de trabajo extenuante para luego desmontarlas en cuestión de días, sin ningún reconocimiento ni estabilidad laboral.

La Feria de Abril no es sólo un festejo, es también un gran negocio. La patronal hostelera dispara sus beneficios en apenas una semana, mientras las y los trabajadores que hacen posible el evento sufren largas jornadas de explotación sin apenas derechos. Es habitual que los contratos sean irregulares, que los horarios sobrepasen lo legalmente permitido y que los salarios se cobren en condiciones de absoluta inestabilidad. A esto se suma la figura del “falso autónomo” en sectores como el montaje y desmontaje de casetas, donde muchos empleados trabajan realmente por cuenta ajena.

Los datos confirman esta realidad: cada año, la Inspección de Trabajo detecta decenas de irregularidades en los contratos, pero el volumen de

empleo temporal generado en estos días es tan grande que la impunidad sigue siendo la norma. La patronal de la Feria, compuesta en su mayoría por dueños de casetas privadas, bares y empresas de **catering**, sabe bien que hay una demanda de empleo dispuesta a aceptar condiciones abusivas con tal de llevar un salario a casa. Muchos de estos trabajadores son jóvenes, estudiantes o personas en situación de vulnerabilidad que no pueden permitirse rechazar un trabajo, aunque sea en condiciones indignas.

Mientras tanto, en el otro extremo de la balanza, la Feria de Abril es el escaparate de la opulencia sevillana. Grandes empresarios, familias de la burguesía local desfilan por las casetas privadas, reservadas sólo para quienes pueden permitirse la cuota de socio o cuentan con los contactos adecuados. La Feria de Sevilla es la única gran fiesta popular del país donde el acceso a la mayoría de los espacios está restringido, convertida en un coto privado donde el dinero y la cuna determinan quién puede participar de la fiesta y quién sólo puede verla desde fuera.

El contraste es abrumador: mientras unos gastan cientos de euros en un solo día entre comida, bebida, paseos en coches de caballo y trajes de flamenca de diseño, otros encadenan turnos de más de doce horas sin apenas tiempo para descansar. Y todo ello con la connivencia de las instituciones, que protegen este modelo de Feria en lugar de garantizar unas condiciones de trabajo dignas para quienes la hacen posible.

La lucha sindical ha intentado en varias ocasiones poner freno a esta explotación, exigiendo controles más estrictos y derechos laborales básicos, pero la respuesta de la patronal ha sido siempre la misma: excusas sobre la temporalidad del empleo y la inviabilidad de pagar salarios justos en un evento que dura sólo una semana. Sin embargo, la realidad es que el margen de beneficio es enorme, y lo que falta no es dinero, sino voluntad de distribuirlo de manera justa.

Si la Feria de Abril se quiere presentar como una fiesta que representa a Sevilla, debería empezar por respetar a quienes la sostienen. No basta con elogiar el “arte” y la “alegría” de la ciudad mientras se permite la explotación laboral sistemática en su principal evento. La Feria es el espejo de la Sevilla de siempre: la de una minoría privilegiada que se divierte mientras la mayoría trabaja para hacer posible su fiesta. Una Sevilla que sigue dividida en clases, aunque la música de sevillanas intente silenciarlo.